

LA EDUCACIÓN IGNACIANA EN CLAVE DE NATALIDAD

Viendo hoy nuevas todas las cosas en Cristo

Vilma Reyes¹
31 de julio 2021

“La educación es el punto en el que decidimos si amamos al mundo lo bastante como para asumir una responsabilidad por él y así salvarlo de la ruina que, de no ser por la renovación, de no ser por la llegada de los nuevos y los jóvenes, sería inevitable”
(Arendt, H.: *La crisis de la educación*, p. 208)

“... -iniciar de nuevo tras lo que se ha roto- como camino a lo porvenir. Todo nacimiento es, así, un renacimiento. De hecho, se puede renacer a partir de las propias cenizas. Solo si hay cenizas hay renacimiento, solo si hay dolor existe un parto. En el arco delimitado por el “aun no” y el “ya no” la vida dada por el nacimiento es interrogación y va más allá del mundo natural. El nacimiento constituye ese tipo de acontecimiento que reclama de quienes ya estamos en el mundo antes de la llegada de los nuevos la facultad de acogerlos e introducirlos en el mundo” Bárcena (2002)



¹ Consultora Educativa. Coordinadora Red de Homólogos Académicos de FLACSI

1. Proemio²

La Espiritualidad Ignaciana tiene la virtud de enseñarnos en la práctica a ser mejores personas, no solo porque es una espiritualidad vinculada a la experiencia humana, a eso que vamos construyendo poco a poco después de venir al mundo, sino que nos ofrece un método maravilloso para ordenar nuestra vida, para cuestionar nuestras acciones, para hacer que pausemos la prisa, pero indefectiblemente nos lleva a una condición de posibilidad para hacer de nuestra existencia algo laudable a nivel de nacimiento, de interioridad y también de exterioridad.

Quienes trabajan y llevan a cabo una misión en los colegios jesuitas se hacen preguntas importantes sobre cómo hacer viable una educación estrechamente vinculada al terreno espiritual. Y, por tanto, quienes no han vivido la experiencia de los Ejercicios Espirituales Ignacianos se pueden quedar cortos en el modo de aplicación de la Pedagogía que nace de la visión que Ignacio de Loyola tuvo del mundo, del ser humano y de Dios.

Un modo de solventar estos cuestionamientos pone de relieve la posibilidad de entrar en el corazón de la educación jesuita acercándose a los textos fundacionales, leyendo diversos documentos corporativos de la Compañía universal que facilitan un marco de comprensión y de anudamiento de tantos factores que, bien articulados, cohesionan la práctica de la educación en el aula.

La educación, en general, comporta elementos de gran complejidad, no solo porque los tiempos han cambiado y estamos frente a enormes incertidumbres de futuro, sino porque en sí misma exige visión, compromiso y mucha reflexión sostenida en el tiempo. La educación hoy nos pone de cara a factores que pueden entenderse como novedad y que, al mismo tiempo, nos ofrecen la riqueza de un legado positivo que hace parte de una tradición que sigue haciendo eco para el presente. El inter-juego entre tradición y vigencia demanda una

² Aquí natalidad hace referencia a una categoría filosófica usada por Hanna Arendt, para subrayar que en cada nuevo nacimiento viene al mundo la posibilidad de un nuevo comienzo. Es el dinamismo de la vida que cada vez se inaugura con nuevas posibilidades, viviendo el dolor y superándolo para la realización de nuevas travesías y comienzos.

total atención a las nuevas coordenadas para la formación de niños y jóvenes en un mundo convulso y multifactorial.

Para lograr que los educadores de hoy puedan llevar a cabo la misión de formar a los estudiantes desde una perspectiva humanista y con las competencias para responder con eficacia a los problemas actuales, no solo se requiere capacitación docente orientada a la aplicación de estrategias e instrumentos didácticos; es más complejo el asunto. Hoy, la educación Ignaciana nos viene diciendo, a través de los últimos encuentros globales, que debemos apostarles a temas de gran envergadura, pasando primero por el afinamiento de nuestra propia espiritualidad como experiencia. Las 4Cs que nos han exhortado a la formación de la persona consciente, competente compasiva y comprometida nos dejó grandes tareas. Temas como los de *Tradición Viva*, que desvelan 10 identificadores globales³ para las escuelas Ignacianas nos hace nuevas exigencias; y el último encuentro Global Jesedu 2021, que nos enfatiza en cuatro referentes de gran calado: educar en la fe, en la profundidad, en la reconciliación y en la ciudadanía global, nos pone a pensar en un nuevo currículo. Todos ellos son contenidos que no se solventan fácilmente haciendo amarres con el currículo actual de los colegios, sino que nos reclaman espacios reflexivos, para ver y vivir nuestra interioridad, para adentrarnos en nuestras convicciones... y nos han puesto a usar un legado fantástico como la conversación espiritual⁴ para oír la voz del Espíritu y hacerle eco y espacio en nuestra

³ Los identificadores globales son: 1) Los colegios jesuitas están comprometidos a ser católicos y ofrecer formación profunda en la fe en diálogo con otras religiones y visiones del mundo 2) Los colegios jesuitas están comprometidos a crear un ambiente seguro y saludable para todos 3) Los colegios jesuitas están comprometidos con la ciudadanía global 4) Los colegios jesuitas están comprometidos con el cuidado de la creación 5) Los colegios jesuitas están comprometidos con la justicia 6) Los colegios jesuitas están comprometidos a ser accesibles para todos 7) Los colegios jesuitas están comprometidos con la interculturalidad 8) Los colegios jesuitas están comprometidos a ser red global al servicio de la misión 9) Los colegios jesuitas están comprometidos con la excelencia humana 10) Los colegios jesuitas están comprometidos con el aprendizaje de por vida

⁴ La conversación espiritual es un método apostólico esencial en el Carisma Ignaciano. Conforme a su uso epocal, la conversación tiene sin duda para Ignacio una connotación de hondura de trato, de cierta familiaridad e intimidad. Designa el trato con personas muy allegadas por parentesco o por afinidad afectiva (deudos y amigos) o el modo especialmente familiar que a este tipo de relación se le asimila. Solamente que, al tener para Ignacio todo trato humano de cierta hondura una intencionalidad apostólica, el término mismo sin adjetivar acaba por significar habitualmente un tipo de relación que

palabra y corazón, además de irnos llevando a la concreción de elementos prácticos desde una fuente fiel como es la presencia de un Dios vivo en las obras educativas, que se la juegan por la construcción del Reino.

Este texto quiere ofrecer unas claves de lectura para los educadores de los colegios jesuitas, para poder comprender las articulaciones entre Espiritualidad y Pedagogía Ignacianas pasando por nuestra propia historia y nuestras propias heridas, y así hacer de la reflexión sobre la función docente algo más allá de la instrumentalización de teorías y métodos. Más bien, el propósito es socavar en nuestra propia experiencia humana con preguntas que nos ayudan a mirar desde dónde vivimos la labor docente, esa que portamos en esta profesión de la educación, y también ahondar en la relación que existe entre eso que somos y hemos forjado en el tiempo desde lo humano y lo espiritual, para conectarlo con nuestra tarea de formadores, convencidos de que hay que trabajar arduamente para seguir actualizando la perspectiva del currículo en el aula, buscando posibilitar en los chicos que educamos el desarrollo de capacidades humanas y competenciales para vivir adecuadamente en este espacio compartido del mundo, y sabiéndose capaces de aportar al sostenimiento de la tierra y de su viabilidad para el futuro de tantas generaciones por delante nuestro.

¿Cómo ser educadores nuevos, movidos por el Espíritu que nos hace nacer a nuevas realidades y condiciones, para formar niños y jóvenes con las competencias de este siglo, para un mundo posible?

2. “Ver nuevas todas las cosas en Cristo”: la respuesta para nacer a una nueva mirada del educador Ignaciano

Ver nuevas todas las cosas en Cristo es el eslogan de este año Ignaciano, cuando celebramos los 500 años de la herida de Ignacio y de su proceso de conversión. No somos los mismos después de vivir una “herida”, desde aquella de tipo corporal hasta otras del

servirá al crecimiento de los interlocutores según el Espíritu de Cristo... como es sabido S. Ignacio emplea una expresión genérica para designar la acción apostólica de los miembros de la Compañía orientada a los sujetos: ayuda de las almas, o ayuda de los prójimos. Arana, Germán (2005)

alma...una herida hace parte del itinerario de nuestras vidas y nos va constituyendo en el tiempo. A partir de la herida, caemos en la oscuridad de nuestro ser y creemos no poder salir de ese abismo que nos saca de la esperanza y la confianza en la vida. Pero al mismo tiempo es la herida la que nos da el soporte para entender lo incomprendible y darnos valor para lo insoslayable. ¿Quién lo creyera? En el túnel de la desesperanza y de la fatalidad nos espera una luz que nos jala hacia la construcción humana, hacia nuevos caminos, con la experiencia del dolor y, al tiempo, con la bendición del bálsamo de un amor inconmensurable como el del buen Dios que nos sigue, que nos despierta y que nos va llevando sutilmente hacia nuevos derroteros, hacia nuevas búsquedas. Y cuando vemos la luz, después de pasar por el crisol del sufrimiento, es cuando vemos nuevas todas las cosas...la luminosidad del universo se percibe con colores distintos, con nuevas tonalidades y con una nueva fuerza interna respiramos una nueva humanidad. Estamos abiertos a comenzar con anhelo para asistir a la novedad de una vida buena, distinta a la anterior.

Solo basta con que constatemos nuestra propia herida, o las heridas en nuestra historia personal, familiar, laboral. Hacerlo nos va haciendo conscientes de cuántos cambios hemos vivido, sufrido y llorado, y cuántas transformaciones de fondo hemos experimentado que nos han puesto en lugares distintos y con ojos nuevos. Lo bonito de este estado de consciencia es precisamente el aprendizaje que nos dona, como el mejor regalo para hacernos mejores y más sólidos existencialmente.

La solidez de la existencia está marcada, sin duda, por las encrucijadas y vericuetos de la travesía vital; solo en ella vamos haciéndonos con la vida y aprendiendo en la práctica. Esa solidez no la aprendemos teorizando o leyendo llanamente las historias de otros. Las historias que leemos de tantos que han escrito con la huella de la vicisitud, también nos enseñan, por supuesto, nos conectan con las propias historias. Y por ello la literatura nos ha permitido batallar con la propia historia y recomponer el presente y el futuro; porque las demarcaciones de los otros nos han puesto de relieve las coincidencias y el milagro de sabernos iguales y distintos.

Si aplicamos el “ver nuevas todas las cosas en Cristo”, eso significa que desde los ojos de Dios empezamos a leer el mundo, la vida, nuestra vida y la de los otros. Y poder ver con esa mirada, como creaturas del Creador, no hace sentirnos parte del Espíritu que nos crea y nos sigue creando en el tiempo. Dios no se cansa de crearnos, de hacernos crecer, y Jesús es la explicitación real e histórica de esa creación incesante. Nos ha dejado el legado más maravilloso, la fuerza de su Espíritu para que aprendemos a amarle y seguirle, sin prisas, sin tensión, sin desmesura, con la confianza de un tiempo sin tiempo que nos va regalando con el susurro del amor, la certeza de la vida, del trabajo que tenemos que hacer con tesón y compromiso para no desfallecer, sabiendo igualmente que lo fundamental es cuánto hagamos por los demás; porque después de trabajarnos interiormente podemos ir a regalar nuestras búsquedas, enseñando a otros un camino similar, con convicción y autenticidad. Y así, ver nuevas todas las cosas en Cristo, es ni más ni menos que reinventarnos e inaugurar nuevos comienzos, para ser luego seres políticos en la relación-interacción. Hanna Arendt afirma que con cada nuevo nacimiento nace un nuevo comienzo, surge a la existencia potencialmente un nuevo mundo... con cada nuevo nacimiento viene al mundo la posibilidad de un nuevo comienzo, virtualmente un nuevo mundo.

Si el educador ignaciano, después de un acto de consciencia sobre su acontecer en la vida, experimenta la posibilidad de un nuevo comienzo, estamos frente a una realidad radical desde lo ético y espiritual: tiene todas las condiciones para ser y aportar a los estudiantes que educa la transparencia de su vida, de su experiencia, de su mirada de todas las cosas y de la certeza de saberse un instrumento para un fin fundamental: educar para que tantos que pasan por sus manos puedan nacer a mundos nuevos, a experiencias gratas, a vivencias internas que los hagan mejores personas en lo personal y comunitario. Será un maestro que hace del espacio del aula un santuario, un lugar donde el *Hospes* se hace explícito en las interacciones, en las palabras, relatos, aprendizajes y construcciones constantes. El entorno del aula será un lugar de acogida, hospitalidad, encuentro, colaboración, introspección y armonía.

3. Proponiendo horizonte y algunas claves para la natalidad del tiempo presente

No pueden ser viables las claves sin antes no haber profundizado en la consciencia del *Hospes*, para hacer de la natalidad no solo un nuevo comienzo, sino un lugar de verdadera acogida donde el educador se asume como custodio de la vida de sus estudiantes. Llegar a esta declaración nos confronta con la profesión y sus posibilidades y limitaciones. Podemos ser optimistas, pero no ingenuos con la realidad. El mundo de hoy nos está implicando serios desafíos y grandes retos para quienes agenciamos el acto educativo, porque de manera emergente surgen coordenadas que fácilmente nos ponen en otro horizonte, tal vez más práctico, más útil y menos fatigante. Sin pensarlo mucho, instrumentalizamos la educación y entramos al guion del *ranking*, de la competitividad, de lo tecnológico sobre lo humano, y de los resultados para estar en los mejores puestos del mercado. Aquí no vemos nuevas todas las cosas en Cristo; vemos con los ojos del mundo neoliberal que nos devora sin darnos cuenta y nos hace vivir con angustia y frenesí en el constante hacer, sin el espacio reflexivo para pausar, pensar y discernir.

Cuando oímos el murmullo del Espíritu, volvemos a la realidad de la interioridad que nos salva de la decadencia... volvemos a un estado de atención y presencia plena del presente, volvemos al sentido de la educación ignaciana: estamos llamados a dar lo mejor de nosotros mismos, viendo a los colegios como instrumentos apostólicos, para hacer de nuestros niños seres de luz, de esperanza, de concordia y colaboración. Y estas palabras no necesariamente están asociadas a la simplicidad y el candor de palabras huecas sin más. Se trata de un trabajo esforzado y encomiable para restaurar humanidad, cortesía, mundo comunitario, convivencia ética, competencias para transformar las encrucijadas que tenemos hoy como humanidad y planeta. No queremos formar seres celestes, inocentes e inexpertos. Queremos hacer todo lo que está en nuestras manos para diseñar la educación con ahínco, sabiendo que hacerlo implica tiempo. Teniendo el legado de la tradición que es cuantioso, tenemos por delante atesorar, preservar y también transformar lo que se necesite para mejorar, para estar al paso de las exigencias presentes y futuras y salir con un paso delante de la historia. Y eso ha caracterizado a la tradición jesuita: paradójicamente al lado de esta tradición ha estado

presente la novedad, la apertura a nuevos comienzos con el ímpetu del que avizora realidades insospechadas, con la audacia necesaria para hacer viva la voz del descubrimiento.

Entonces, con la claridad de sabernos una educación que aporta al proyecto de vida de los chicos, una educación que los humaniza y los fortalece para darle al mundo un nuevo rostro político y social, nos asiste la responsabilidad y el compromiso de forjar el camino adecuadamente, con tino, con precisión, sin perder el rumbo. Se trata de reconducir el trayecto y animarnos a una nueva arquitectura del rol del educador para un currículo humanista, regentado por líderes con corazón que hacen de la educación una acción provocadora que se anima a trabajar insistentemente por la formación de seres humanos competentes, sensibles y capaces de transformar las condiciones desafiantes de esta realidad injusta, convulsa y violenta. Seres con alma para hacer del planeta un lugar bello, habitable y perdurable en el tiempo. La vida buena y feliz es para todos, sin excepción; por tanto, educamos para la vida, para el respeto a lo distinto, para la inclusión, para la paz, para la sana convivencia, para el proyecto de país y de planeta, para transformar lo que recibimos en dones nuevos y mejores para otros que van a recibir la huella de nuestro paso.

Se proponen unos puntos a manera de hoja de ruta, para ver la educación Ignaciana en clave de natalidad del tiempo presente:

a. Pensar que la educación se renueva y reinventa siempre

Siguiendo el pensamiento de Fernando Bárcena (2002) quien plantea la educación como acontecimiento, es necesario remitirnos a las tres consideraciones que hace para abordar la educación desde el mundo de la vida. La educación no es una abstracción, nos llama a la reflexión siempre en resonancia con la acción, porque la educación es ante todo un acto político que nos ayuda a tomar postura frente a la realidad y asumir en nuestro modo de proceder un criterio claro de visión y resoluciones.

El primer elemento es ver la educación en su carácter de evento extraordinario, que nos remite a una mirada de lo imprevisto; es decir, no estamos frente a situaciones imperecederas y eternas. Nos asiste la certeza de la impermanencia, que nos hace reposicionar los sentidos

de las cosas, pensando en modos de afrontamiento de lo nuevo, es una oportunidad para pensar y crear nuevas categorías, haciendo del presente lugar para abonar el futuro, con la responsabilidad de decidir cosas buenas.

El segundo elemento no es menos exigente, se trata de vivir la educación como una experiencia, no como un experimento que se hace por fuera de la realidad humana interna. Aquí aludimos a una experiencia que nos atraviesa, que nos reconstituye, que nos transforma y nos hace distintos y mejores. Se trata de vivir el acto de educar y ser educado desde la frontera de los afectos, de lo que nos mueve, de aquello que con convicción nos anima a ser y a construir con otros el camino. La experiencia y sus lenguajes, en palabras de Larrosa, es aquello que nos pasa, lo que nos duele y luego nos hace sabios por su andadura en nuestro centro vital. Vivir entonces la educación como acontecimiento de lo extraordinario, en clave de experiencia, nos alienta a pensar que lo que hagamos no está al margen del sentir y el ser, que ineludiblemente hace parte de algo humano, espiritual, indescriptible, que nos sopla el aliento de santidad que hace florecer el contexto escolar.

Y la tercera consideración de Bárcena es que la educación rompa con la continuidad del tiempo, es decir, irrumpa en ella siempre lo nuevo, lo discontinuo, lo no previsto, por la fuerza de la exterioridad que nos reclama y nos pide nuevos comienzos. La educación es la experiencia del aprendizaje de lo nuevo, de lo inédito, de lo extraño.

b. Recrear la experiencia de los Ejercicios Espirituales Ignacianos para que la vivan los colaboradores de los colegios

La experiencia de los Ejercicios Ignacianos nos ofrece todo un camino para vivir la interioridad y la acción en consecuencia. Desde el Principio y Fundamento hasta la Contemplación para alcanzar Amor, San Ignacio nos dona su experiencia de Dios en una clave existencial que nos interpela, nos hace pensar y sentir las cosas internamente y nos invita a un seguimiento del Jesús pobre y humilde que el mismo vivió. Hacer ejercicios quiere decir donarse personalmente a una experiencia sin expectativas, para que en las manos de Dios construyamos nuestra vida, erradicando nuestras inconsistencias y eligiendo lo que más nos conduce al fin para el que fuimos creados.

Dios quiere nuestra felicidad, y desea que vivamos una vida buena al servicio de los otros para descentrar nuestro propio egoísmo y dar-nos, en consecuencia, para hacer posible el Reino. Pero para ello debemos entrar decididamente en la oración genuina, transparente y exigente, para irnos cambiando desde adentro y con esfuerzo ir siendo más bonitos seres humanos: más proclives al bien común que al bien individual y para que la vida misma sea un acto de contemplación y de acción con el criterio del buen Dios que nos guía.

La vida no se nos es dada para dañarla y esquivarla de manera desprevénida. No podemos confundirnos en esta travesía, requerimos ejercicio constante de oración, discernimiento, indiferencia Ignaciana, decisión, y así una vida buena en consecuencia. Luego es un trabajo constante que no para jamás. La experiencia de retirarnos tres, cinco, diez días, hasta un mes para vivir el itinerario espiritual Ignaciano completo, nos va a preparar para la vida. Será como tomar aire, llenarse de Dios en medio del silencio, reflexionar sobre la propia vida y sacar el mejor provecho para el mundo que nos espera afuera. Recargados de la energía Divina en una primera salida hacia dentro de nosotros y luego hacia los demás nos permitirá con prontitud vivir en una clave distinta. Y después de un tiempo volvemos a recargar baterías en otro retiro para seguir trabajando por nosotros, que no es otra cosa que trabajar por un mundo mejor. Con maestros preparados en el Espíritu, los colegios estarán provistos de la mejor urdimbre conocida. Llenos de la mirada compasiva de Dios, podremos hacer de las aulas santuarios de respeto, esperanza y aprendizaje realista.

c. Construir itinerarios formativos para docentes en una clave de lectura personalista que resitúe la vocación y el servicio

La formación de maestros es una de las apuestas más encomiables de una obra educativa. Allí debemos desvelarnos en interés y profundidad para decidir no solo la mejor formación en cuanto temática, sino en una adecuada articulación de la realidad, las demandas, los problemas acuciantes de la historia presente y el sentido de la educación para la formación de seres humanos excelentes como personas y como seres de convivencia social. Formar comunidades profesionales de aprendizaje es un recurso positivo para instalar el pensamiento reflexivo en todos los agentes educativos. No podemos seguir pensando que la

formación esté bajo la sombrilla del concepto de capacitación; un concepto que hoy merece remoción por cuanto pone al maestro como receptor pasivo de temas pedagógicos que otros han decidido por él.

La formación debe partir de las necesidades e intereses de los maestros, de sus vivencias y de las vicisitudes que afrontan en el día a día; además debemos hacer una lectura contextualizada de la realidad, del mundo social, político y cultural, para saber por dónde poner la brújula; enfatizando en la combinación de factores internos y externos y en pensar siempre en los estudiantes que educamos, partiendo de sus voces, de sus problemáticas, y de sus intereses. Si la formación parte de este sentir colectivo de actores y vivencias, el fruto de la reflexión será fructífero y tendrá asidero en las realidades del aula, y de sus agentes primordiales como son los niños y sus profesores.

Hacer vivas las Comunidades profesionales de aprendizaje requiere visión, decisión y gran liderazgo circular. Muchos de los actores educativos tienen voces de gran relevancia para transmitir experiencia y visión de las cosas. Solo basta mirar el capital humano de experiencia y conocimiento que porta cada persona que hace parte de la escuela. Formar sobre la base de la experiencia de los maestros y de las perspectivas que van emergiendo de la historia, permiten una suerte de combinación fabulosa para armonizar la educación y mejorarla en aras de una alta calidad.

d. Hacer vida el liderazgo humanista en las instituciones

Los liderazgos institucionales demarcan el clima de la escuela. Un buen liderazgo aglutina, armoniza, enseña, exige y mejora las relaciones para un aprendizaje en prospectiva, siempre avanzando para optar por aquello que deviene en realización humana y en mejoramiento de las condiciones sociales circundantes. El liderazgo que heredamos del paradigma clásico era un liderazgo piramidal, de arriba hacia abajo, donde el líder era el mejor, el más sabio y conocedor, aquel que tomaba las decisiones y decía qué se debía hacer y qué no. Hoy este tipo de liderazgo directivo y de estratificación está en declive, porque ha apartado del mundo real a aquellos que no hacen parte de la línea de mando. Se quedan por

fuera los alumnos, los docentes, los administrativos, los padres de familia. Más bien ellos son los receptores de las decisiones sin poder controvertir o interpelar.

El liderazgo distribuido, consciente y transformacional hace un llamado a la toma de consciencia permanente del líder para mejorar su condición de humanidad, trabajarse internamente, desarrollar competencias blandas como el trabajo con otros. Aprender con mirada compasiva la resolución de problemas, observando el contexto y conversando con personas dentro y fuera de la institución, moviendo su propia sensibilidad para ser empático en la mirada y las decisiones de la escuela, y para dejarse interpelar por todos los agentes. El líder transformacional depura su modo de ser en permanente autorreflexión. Es una persona capaz de estar y trabajar con otros y de aprender, como también ofrecer luces para el día a día. Sabe enriquecer y enriquecerse con las múltiples voces, haciendo posible una nueva narrativa que configura las posiciones de todos, haciéndoles partícipes de los problemas y las soluciones, creando un clima de confianza, de honestidad y convicción en el trabajo. Hace posible que todos se enamoren de lo que hacen y que hagan parte del sueño institucional. Es un ser que se vive en razón de aportar a que la escuela cada vez sea mejor. Distribuye funciones y liderazgos y se deja auscultar en sus razones, cambiando perspectivas por otras más razonables. Y sabe sostener en el tiempo las decisiones que han nacido por el consenso.

Hoy nuestras escuelas necesitan vivir este tipo de liderazgo humanista, para que sea viable el tejido de conversaciones en bien de fraguar un clima participativo y comprometido, entendido este como fecundidad. El líder se apersona de su ser y de su grupo desde las claves de UBUNTU⁵ (Yo soy porque tu eres), lo cual es indicativo de 5 factores: la supervivencia entendida como la preocupación mutua por la existencia; la solidaridad como comprensión del yo basado en la comunidad; la compasión comprendida como la preocupación y el interés desmedido por los demás; y, el respeto y la dignidad, entendidos como el aprecio al valor de los demás, por su potencial y contribución.

⁵ Cfr. Academia de líderes UBUNTU. *Construir puentes UBUNTU para el liderazgo de servicio*, 2019. El concepto africano de Ubuntu pretende aportar al nuevo liderazgo de servicio haciendo posible la vivencia de relaciones con un sentido moral

e. Refundar la estructura y la organización del aula para espacios más circulares y humanizantes

Cuando nos referimos a la estructura y organización del aula afirmamos la manera como hemos no solo diseñado el espacio físico sino el andamio sobre el cual se sostiene el currículo de la escuela: los horarios, las disciplinas del conocimiento y la carga como la función docente. El legado de la visión industrial de la educación formalizó un modo de agenciamiento del aula y una estructura lineal basada en horarios por áreas del conocimiento organizadas en compartimientos estancos o en silos, con maestro por área y con horarios distribuidos en 5, 6 y hasta 8 y 9 espacios diferenciados por día. Esto ha agotado la realidad de la interconexión e interdisciplinaridad y ha ocasionado rupturas entre disciplinas y una perspectiva del conocimiento aséptico con fronteras impenetrables para otros discursos, lo cual ha ocasionado la erosión de la articulación y la porosidad propia del conocimiento desde una epistemología compleja.

Ante todo, el aula de clase pareciera desconocer ese mundo de la vida de los niños y jóvenes que educa, porque a todos les planifica lo mismo y los mira con el mismo visor y los evalúa como tal. Hemos desconocido las diferencias individuales y el tesoro de la singularidad que porta cada ser humano. Los modos distintos de aprendizaje y de cosmovisión frente a la realidad, sumado esto al milagro de ser merecedores de una identidad propia que nos hace únicos en el universo humano. Hoy las políticas de la diferencia y del reconocimiento nos hacen pensar en una revolución del aula de clase y de las estrategias que hemos usado para educar. En esa perspectiva que hemos venido defendiendo de una educación en clave de acontecimiento, donde la experiencia humana, sentiente, tiene cabida, es necesario avanzar en las concepciones de espacio y estructura organizativa escolar, para ir transformando la verticalidad y rigidez por lugares más humanizados, llenos de colorido, de flexibilidad, de versatilidad en sus formas de organización, y representarnos un novedoso diseño desde la vivencia, la colaboración, la escucha, la palabra, la construcción de sentido, el pensamiento crítico, las soluciones mancomunadas y la sensibilidad ecológica, entre otros. Un espacio donde se pueda aceptar el error y donde el aprendizaje se viva en proceso constante y en posibilidad creativa.

f. Rediseñar el currículo desde una visión humanista, para hacerlo más flexible, haciendo de las metodologías activas un recurso útil para dinamizar el Paradigma Pedagógico Ignaciano

Y llegamos a un punto neurálgico en la escuela: el currículo. Detrás de este hay una concepción de educación y de sujeto de la enseñanza y del aprendizaje; aparecen nuestras propias representaciones. Por mucho tiempo la educación ha tenido un cariz de homogenización y universalismo, con métodos inductivos, conductistas, que han respondido por un lado al sistema productivo y por otro lado a la visión de una sociedad fragmentada y utilitarista. Hemos dividido las disciplinas del conocimiento con una versión epistemológica fraccionada y de emisor a receptores, lo cual ha hecho evidente un continuismo en el tiempo. Han cambiado muchas cosas en las ciencias del espíritu, sin embargo, la educación sigue peregrinando en coordenadas tradicionales en medio de las nuevas emergencias sociales, políticas y culturales. Necesitamos transitar derroteros nuevos para saltar a la construcción de diálogos expertos en relación con los problemas del entorno.

El mundo de hoy nos muestra varias fisuras y posibilidades, entre otras la complejidad que no debe leerse como negativa sino como un fenómeno multidimensional que nos invita a superar lo rectilíneo y la compartimentalización, para buscar salidas más en clave de rizoma, leyendo los problemas del mundo bajo la lente de campos interconectados que aportan a la búsqueda de soluciones nuevas. Es necesario ir rompiendo con los dualismos para buscar la integración y la construcción de un currículo más conectado con los problemas y con las competencias que requerimos para solucionarlos, y no seguir en el empeño de enseñar conocimientos abstractos desconectados de la realidad.

Como sabemos que el conocimiento hoy no se define como un asunto simple, sino complejo y multidimensional, deben situarse nuevas metodologías para acceder al mismo dejando de ser predecibles. No podemos sostener una educación desde lineamientos estandarizados y saturados en contenidos. Nos urge dinamizar la enseñanza y el aprendizaje desde una nueva modalidad más integrativa, para hacer que surjan caminos rizomáticos para acceder a la realidad en aras de conocerla y transformarla. Se trata de interesarnos más en

cómo los estudiantes aprenden cómo los vamos a orientar y acompañar, que en esa mirada constante al método de enseñanza.

El Paradigma Pedagógico Ignaciano nos invita a reinaugurar la relación maestro-estudiante. Es un paradigma que pone en el centro los intereses, las preocupaciones y el proyecto vital de los chicos-as, para lanzarlos a un itinerario formativo desafiante que los va a preparar para vivir la vida con competencia, dando lo mejor de si mismos, desarrollando sus capacidades como dones de Dios, haciéndolos talentosos, autónomos, creativos críticos y dinámicos. El estudiante debe transformar su lugar en el aula, pasando de ser un sujeto pasivo a uno más comprometido y actuante... un ser humano que genera preguntas, resuelve, vive emociones, comparte con otros, se deja interpelar y de manera incesante construye búsquedas cada vez más profundas.

El contexto, la experiencia, la reflexión, la acción y evaluación, hacen parte de este itinerario formativo Ignaciano que nos hace traer la realidad para ubicarla como contexto en la aventura de aprender, para hacer sentir en la vida interior, la afección por las situaciones y las cosas, volcándonos a experiencias profundas que nos invitan luego a la interiorización y apropiación desde momentos de análisis, lectura y discernimiento. Con la experiencia y reflexión conjunta, construimos el conocimiento en función de su utilidad con una acción que no se queda en la mera aplicación de lo aprendido, sino que nos transforma la vida vertebralmente, haciendo de cada uno de nosotros, seres para vivir, para buscar la realización personal y comunitaria.

Si deseamos con fervor un cambio del paradigma clásico del currículo, las escuelas ignacianas podrían agenciar un currículo por proyectos y no tanto por disciplinas. Los proyectos se sostienen en campos disciplinares, sin embargo, los articulan adecuadamente poniendo de relieve la solución de desafíos de no fácil resolución, que estimulen a los estudiantes a un campo de la acción donde se vuelven líderes, indagadores y corresponsables del producto final y la difusión de sus proyectos, pasando por el trabajo individual y el canal colaborativo. El itinerario y la secuencia didáctica de un proyecto, puede estar en clave de

PPI. Lo fundamental es que pongamos el énfasis curricular con el condicionante de que sea para la resolución de problemas y no de la memorización de contenidos de los libros de texto, y de los apuntes que se toman en los cuadernos. Hay que diseñar tareas que generen competencias, para que los estudiantes aprendan a pensar y a construir caminos alternativos respondiendo a las situaciones vitales y de la realidad. Que sean ellos los constructores del conocimiento desde los diseños de experiencias de aprendizaje que planifican sus maestros.

4. A modo de conclusión

Educar no es fácil, como tampoco ser maestros para este tiempo. La escuela enfrenta incertidumbres y retos de envergadura. Pero hemos venido viendo como de la mano de una experiencia profunda de Dios, paseamos por el paisaje de la educación haciendo de ella un lugar mágico, un espacio para aprender a ser y a reconciliarnos consigo mismos, con los otros y con el entorno. Aprendemos a ser cuidadores del planeta, a construirnos en lo humano para sentirnos ciudadanos del mundo con gran compromiso y responsabilidad. Guiados por el Espíritu nos dejamos habitar por Dios para sufrir los dolores de un mundo que se rompe incesantemente y que vuelve a renacer en presencia de nosotros, con nuevos comienzos. La invitación es a vivir la educación con nuevos ojos. Ver nuevas todas las cosas en Cristo, haciendo eco de esa categoría de la natalidad que nos llama a reiniciar el camino, a vencer los miedos para afrontar el futuro con esperanza y gran confianza, dejándonos reconducir por la Fuente que nos inspira a la recomposición de la naturaleza creativa de la educación, para llegar a buen puerto, para tener bríos y fortaleza, para sentir la frescura de la libertad que nos anima a trabajar por tantas creaturas ávidas de terreno fértil donde hacer sus vidas y refinar sus corazones.

